

ERIC H. CLINE

POR EL AUTOR DE *1177 A.C.*

TRES PIEDRAS
HACEN UNA
PARED

HISTORIAS DE LA ARQUEOLOGÍA

CRÍTICA

ERIC H. CLINE

TRES PIEDRAS HACEN UNA PARED

Historias de la arqueología

Ilustraciones de
Glynnis Fawkes

Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2018

Eric H. Cline

Tres piedras hacen una pared. Historias de la arqueología

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Three stones make a Wall. The story of archeology*

© 2017 by Princeton University Press

© de la traducción, Silvia Furió, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

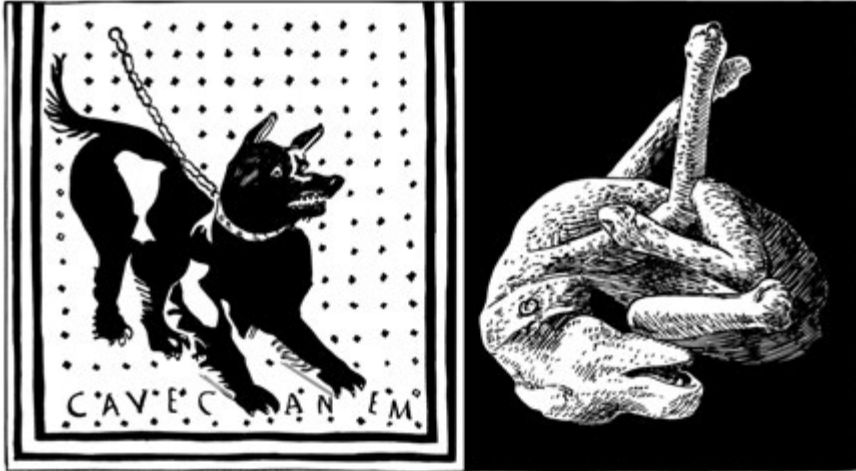
ISBN: 978-84-17067-26-7
Depósito legal: B. 28553 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

Listado de ilustraciones

Frontispicio: excavaciones en Tel Kabri	
Figura helenística de bronce de Tel Anafa	11
Primer plano de las ánforas de vino de Tel Kabri	15
Máscara funeraria de oro del rey Tutankhamón	23
Howard Carter y un ayudante examinan la tumba del rey Tutankhamón	29
Mosaico de Cave Canem más un perro de yeso de París	37
El monte Vesubio visto a través del arco de Pompeya	40
Una calle de Pompeya	45
Sophia Schliemann con las joyas del tesoro de Príamo; representación del caballo de Troya	49
Muro de Troya VI	51
Jeroglíficos de la piedra Rosetta	66
Pirámide Escalonada de Djoser en Saqqara	77
Reina Puabi, Ur	83
Toro alado con cabeza de hombre de Dur Sharrukin (hoy Jorsabad)	94
Muro de cráneos en Chichen Itzá	99
Templo del Gran Jaguar (templo 1), Tikal	108
Supervisores cubriendo un segmento	115
Tractor y georradar, cerca de Stonehenge	125
Huellas de pisadas de Laetoli	135
Pinturas rupestres de Chauvet	148
Figurilla de Çatalhöyük: posiblemente una diosa o una reina	155
Cráneo reconstruido en yeso, Jericó	162

Micenas: puerta de los leones y «máscara de Agamenón»	173
Puerta de los Leones, Micenas	175
Akrotiri: fresco mural miniatura	191
Erupción de Santorini	193
Uluburun: lingotes de cobre y otros artefactos	204
Buzo de Uluburun	208
Oráculo de Delfos	221
Templo de Apolo en Delfos	231
Coliseo de Roma	241
Arco de Tito	251
Detalle del Arco de Tito	251
Excavación: herramientas del oficio	260
Capas estratigráficas de Tel Kabri	272
Megido: grifo de marfil	281
«Establos de Salomón» en Megido	287
Fragmento de rollo del mar Muerto	296
Cuevas de Qumran	297
Ostraca de Masada	308
Masada	310
Palmira: vista desde lejos	322
Arco de triunfo de Palmira	327
Vista del «tesoro» de Petra	330
Hombre de la ciénaga de Tollund	336
Guerreros de terracota	343
Líneas de Nazca: colibrí	361
Machu Picchu	371
Pirámide de la Luna, Teotihuacán	375
Cabeza colosal de piedra olmeca, San Lorenzo	379
Diosa azteca de la luna, Tenochtitlán	383
Submarino confederado <i>H. L. Hunley</i>	388
Parque Nacional de Mesa Verde, Colorado	399
Saqueador excavando	402
Saqueo en Irak	405
Artefacto del futuro	411
Cabeza de la Estatua de la Libertad	413

Polvo al polvo en la Italia antigua



En 1752, exactamente 170 años antes de que Carter descubriera la tumba del rey Tutankhamón en Egipto, un grupo de arqueólogos italianos dio con trescientos rollos de papiro antiguos. Los pergaminos se hallaban en los restos de una villa objeto de excavación en las ruinas de un pueblo llamado Herculano —en las proximidades del monte Vesubio y el Nápoles actual—, que quedó enterrado tras la erupción del 24 de agosto de 79 e. c. Los rollos habían formado parte de una biblioteca romana privada, que el dueño tenía en su casa, y que hoy se conoce como «la villa de los Papiros»; probablemente, la vivienda había sido propiedad del suegro de Julio César. Aunque las labores de excavación se realizaron hace más de doscientos cincuenta años, los pergaminos, aún intactos, se salvaron, si bien se encontraban totalmente carbonizados y en un estado demasiado frágil como para desenrollarlos.¹

Durante siglos se creyó que aquellos pergaminos pasarían a la historia como meras curiosidades, trozos de madera carbonizada. Sin embargo, desde 2009 los papirologos (especialistas en el estudio

de estos rollos y otros restos de papiro) han logrado descifrar parte de lo escrito en ellos, aun sin abrirlos.² Por medio de una tomografía de fase de contraste de rayos X, han sido capaces de reconocer algunas letras sueltas gracias al contraste entre el papiro carbonizado y la tinta antigua, aunque esta también tenga una base de carbono.³ Estos especialistas cuentan con la ventaja de que la tinta también parece contener pequeñas cantidades de plomo, que sí puede detectarse.⁴ Si las técnicas continúan mejorando, tal vez un día logremos leer el contenido de todos los rollos recuperados, lo cual sería maravilloso, puesto que bien podrían contener elementos como los libros perdidos de la *Historia de Roma* de Tito Livio, ya que pertenecían a la biblioteca privada de un propietario adinerado.⁵

Las ruinas de la vecina ciudad de Pompeya ya habían sido descubiertas en 1594, hacía 150 años. Unos trabajadores ocupados en cavar una acequia de riego dieron por accidente con parte de las antiguas ruinas, que luego procedieron a cubrir sin más pesquisas.

Otro tanto ocurrió con la primera aparición de Herculano, en 1709. Para situarnos en contexto, en aquel momento Benjamin Franklin tenía tan solo tres años; las colonias estadounidenses eran doce, no trece (Georgia no se estableció hasta 1732); la reina Ana ocupaba el trono de Gran Bretaña, la entidad nacional recién creada en virtud de la ley parlamentaria de 1707 que unía Inglaterra, el país de Gales y Escocia; y el capitán Cook aún tardaría sesenta años aproximadamente en poner pie en Australia.

Estas excavaciones arqueológicas fueron las primeras en Europa y, a decir verdad, en el mundo entero. Habitualmente, el mérito de ello se otorga a un hombre llamado Emmanuel Maurice de Lorraine, duque de Elbeuf. Este vivía en Italia, cerca de Nápoles, y fue el responsable de los primeros esfuerzos para abrir un túnel en el terreno de Herculano, tras haber adquirido la parcela precisamente porque allí habían aparecido fragmentos de mármol antiguo.⁶

Por azar, los trabajadores de Lorraine acertaron a cavar justo donde se ocultaba el antiguo teatro romano de Herculano y lograron

sacar a la luz diversas estatuas de mármol que, en su mayoría, sirvieron para decorar la finca del duque; otras se distribuyeron por otros lugares de Europa, entre ellos algunos museos. No fue precisamente lo que hoy calificaríamos como una buena práctica arqueológica, sino algo más próximo a un saqueo en el que no se guardaba ningún registro y el único objetivo consistía en recuperar hermosas piezas de la Antigüedad, en lugar de perseguir el conocimiento del marco en que fueron halladas. Las excavaciones de Herculano se iniciaron, propiamente, unas décadas más tarde y, al poco, se emprendieron los trabajos en la vecina Pompeya. Estos dos yacimientos representan el hito inicial de lo que hoy denominamos arqueología del Viejo Mundo o, siendo más precisos, arqueología clásica (es decir, el estudio de la Antigüedad grecorromana). En gran medida, la metodología aplicada al proceso arqueológico se debe a los esfuerzos de Johann Joachim Winckelmann, a quien se considera comúnmente como el padre de la arqueología clásica y que fue el primero en entregarse al estudio de los artefactos procedentes de Herculano y Pompeya.⁷

La evolución de la arqueología en tanto que disciplina se produjo a lo largo del resto del siglo XVIII y durante el XIX. Probablemente deberíamos señalar que el trabajo de Winckelmann se integraba en la era de la Ilustración, cuyo inicio coincidió con el de las excavaciones más tempranas en Herculano y se expandió por gran parte del territorio europeo en aquellos años. No debe sorprendernos este interés, repentino pero sostenido, hacia la arqueología y la Antigüedad si lo enmarcamos en un contexto en el que las ciencias experimentaron un notable avance, aumentó la presencia de museos nacionales y colecciones privadas y surgió la corriente del darwinismo y del darwinismo social así como los movimientos de conquista y colonización por parte de Europa sobre gran parte del resto del planeta.

Hoy sabemos que tras la erupción del monte Vesubio en 79 e. c. un buen número de ciudades antiguas quedaron arrasadas y enterradas, entre ellas Herculano, Pompeya y Estabia. Más de dos mil personas perecieron solo en Pompeya y aún más perdieron la vida en Herculano y otras ciudades del entorno.⁸ Algunas de estas poblaciones eran zonas residenciales de lujo situadas en la bahía de Nápoles,

donde numerosos romanos acaudalados habían instalado sus segundas residencias de fin de semana y vacaciones de verano, en una tendencia no muy distinta a la actual, puesto que la región continúa siendo uno de los típicos destinos turísticos.

Sabemos que la erupción del Vesubio fue presenciada por testigos oculares; uno de ellos fue un joven de diecisiete años llamado Plinio el Joven, sobrino (e hijo adoptivo) del famoso naturalista Plinio el Viejo. Este joven describió la masacre en dos epístolas, que mandó al historiador Tácito en respuesta a sus preguntas.

Plinio relataba que desde la vecina ciudad de Miseno se observaban nubes oscuras, relámpagos, llamas y polvo, mucho polvo. Hablaba de una oscuridad absoluta, propia de una habitación ciega donde las luces están apagadas. Refirió haber oído a mujeres y niños que lloraban y a hombres que gritaban. Pronto amainó el griterío —proseguía el autor latino—, pero solo porque el fuego ya se extendía veloz y envolvía la ciudad. Entonces la oscuridad se impuso de



El monte Vesubio visto a través del arco de Pompeya.

nuevo, acompañada de una incesante lluvia de cenizas ardientes. De no haberse sacudido constantemente las cenizas, tanto él como sus compañeros habrían quedado aplastados.⁹

Todo aquello sucedió en un momento importante e interesante de la historia de Roma. Tan solo un siglo antes se había iniciado el paso de la república al imperio, con el asesinato de Julio César en 44 a. e. c. y la maniobra de Augusto para erigirse en emperador único de Roma, en 27 a. e. c., inaugurando así la dinastía Julio-Claudia. Cuando el monte Vesubio hizo erupción, era Tito, de la dinastía Flavia, quien ocupaba el trono.

Las excavaciones comenzaron en Pompeya en 1750, casi simultáneamente al descubrimiento de los pergaminos carbonizados en Herculano. También allí se había detenido el tiempo aquella mañana de finales de agosto del año 79 e. c., con la mesa puesta, la vajilla intacta y una comida que jamás llegaría a hacer las delicias de nadie. Las calles de aquella población también estaban cubiertas de cadáveres: algunos eran familias enteras en busca de refugio, otras personas yacían solas, con las joyas aún prietas en el puño.

Pompeya quedó asolada por una catástrofe que, literalmente, paralizó la ciudad y a sus ciudadanos. La ceniza y la piedra pómez se mezclaban con la lluvia y formaban una argamasa de cemento que fraguó rápidamente y se resistió a los intentos de los supervivientes que intentaban regresar y recuperar sus pertenencias; decenas de cuerpos quedaron sepultados así como la ciudad y cuanto en ella se encontraba. Con el tiempo, los materiales perecederos —desde la madera y el pan hasta las partes del cuerpo—, iniciaron un lento proceso de deterioro. Empezaron a formarse cavidades huecas, todas ellas con la forma del objeto o cuerpo que había albergado.

En 1863, Giuseppe Fiorelli, el arqueólogo italiano al cargo entonces de las excavaciones pompeyanas, imaginó el origen de aquellas cavidades. Tuvo la feliz idea de que los miembros de su equipo trabajasen como si fueran escultores, recurriendo a la técnica de la

cera perdida, y que tratasen los huecos como si fuesen moldes para hacer estatuas de bronce.¹⁰

Así, cada vez que el equipo daba con una cavidad, Fiorelli mandaba rellenarla con yeso. Al retirar las cenizas que recubrían la pieza, quedaba un duplicado exacto del contenido previo. Se logró recuperar innumerables restos de cuerpos humanos, incluidas familias enteras arrebujadas unas contra otras, así como buena parte de otros materiales orgánicos, como mesas de madera y otro mobiliario, e incluso algunos panes y alguna mascota, entre ellas un perro aún encadenado allí donde su dueño lo dejara.¹¹ Fue hallado del revés, con el cuerpo contorsionado, con la impresión del collar perfectamente visible en el molde de yeso. El método de Fiorelli resultaba muy útil para los panes y los objetos de madera, pero presentaba un terrible defecto en los cuerpos humanos, puesto que los moldes de yeso impedían ver los huesos, atrapados ahora en el interior del yeso, y otros elementos que habían permanecido en la cavidad tras la desintegración del cuerpo.

Podría haberse recurrido a un material transparente, como la resina, pero se trata de un proceso mucho más costoso que solo se ha empleado con una de las víctimas del Vesubio, en 1984. Es la denominada Señora de la Resina, que aún luce sus joyas de oro y su horquilla.¹²

Los arqueólogos también se dieron cuenta de que podían estudiar los yesos, con los huesos y otros materiales que los trabajadores de Fiorelli habían conservado sin pretenderlo. En septiembre de 2015, un equipo en el que participaban especialistas en radiología, arqueólogos y antropólogos comenzó a trabajar en las imágenes mediante el uso del láser, las tomografías computarizadas y los muestreos de ADN de los restos ocultos bajo el yeso. La tomografía computarizada reveló algunos detalles sorprendentes, como el caso del niño de cuatro años que fue hallado junto a sus padres y un hermano menor. En la imagen puede apreciarse lo asustado que debió de sentirse justo antes de morir, aunque no podemos determinar con certeza la causa de la muerte. Los escáneres también muestran que buena parte de las víctimas había sufrido lesiones en la cabeza, tal vez por la caída

de algunos edificios o por el impacto de rocas, y que había personas de todas las edades, no solo niños, ancianos y enfermos que habitaban en la ciudad, como se había supuesto al principio.¹³

Herculano, por el contrario, quedó enterrado bajo un muro de barro de casi diez metros de altura que envolvió la ciudad rápidamente y la cubrió por entero; es lo que los geólogos denominan un *lahar*, un fenómeno que ha tenido lugar recientemente en erupciones volcánicas como la de 1985 en Colombia o la de 1991 en Filipinas.¹⁴

La corriente de lodo preservó extensas zonas de Herculano, lo cual permitió a los arqueólogos recuperarlo tal como fuera en 79 e. c. Algunas de las casas conservan aún el segundo piso, algo insólito en las excavaciones arqueológicas, y muchas de las pinturas y los azulejos decorados todavía se encuentran en las paredes. Se han llegado a recuperar incluso objetos de madera, entre ellos algunas vigas del techo, puertas, camas y una cuna.¹⁵

Llegó a darse por hecho que los habitantes de Herculano pudieron huir de la ciudad, pero en 1981 y en excavaciones realizadas posteriormente durante la década de 1990 se recuperaron al menos trescientos cuerpos en lo que a juicio de los arqueólogos debieron de ser embarcaderos de la costa. Probablemente se trataba de gente que aguardaba para ser evacuada y que falleció de forma instantánea cuando el aire sobrecalentado de la erupción (cerca de 500 °C) atravesó aquel lugar. El calor y las cenizas los asaron vivos, les quemaron la piel y los órganos internos; tan solo quedaron los esqueletos, petrificados en posturas agónicas.¹⁶

Buena parte de las casas de Pompeya también se preservó a consecuencia de la erupción, como sucediera con las de Herculano, pero en este caso sobre ellas pesaban metros de cenizas y piedra pómez. A una de ellas se la conoce como «la casa del Fauno», por la estatua de bronce que hay en el *impluvium* (estanque utilizado para recoger el agua de la lluvia de los patios interiores en algunas casas romanas).

La figura presenta la forma de un fauno: una criatura con aspecto de sátiro, cuernos y cola, que por lo general aparece tocando la flauta doble.

Esta villa estaba dotada de un asombroso jardín, lleno de árboles y plantas. La erupción enterró numerosos de estos jardines privados, tanto en Pompeya como en Herculano. Cuando, en 1961, arqueólogos profesionales, como Wilhelmina Jashemski, profesora de la Universidad de Maryland, iniciaron las minuciosas labores de excavación en las áreas específicas donde en otro tiempo se hallaron estos jardines, dieron con lo que se conoce como cavidades de raíz de las plantas que en otro tiempo estuvieron allí. Al rastrear las raíces de las diferentes plantas, cada una con una cavidad propia y distintiva, lograron reconstruir lo que hubo allí y, al menos en uno de los casos, incluso el trazado de un viñedo entero.¹⁷

Después de tres siglos de excavación casi ininterrumpida, los arqueólogos han sacado a la luz una cantidad nada desdeñable de lo que fuera la Pompeya antigua, si bien queda aún mucho por rescatar. El trazado de la ciudad está ahora lo suficientemente claro, hasta el punto de que podemos afirmar en qué áreas vivían los habitantes prósperos, dónde los de clase media o incluso los de un estrato inferior.¹⁸ Hoy en día, los turistas pueden contemplar los diversos barrios de la ciudad y sus edificios: los baños, las tenerías, algunas tiendas y viviendas. En 2014, por ejemplo, el Dr. Steven Ellis y un equipo de arqueólogos de la Universidad de Cincinnati que excavaban en las inmediaciones de la puerta Estabiana, una de las entradas principales de la urbe, anunciaron que habían dado con diez edificios donde había veinte tiendas en las que se vendía o servía comida y bebida. Se trata de una disposición típica de Pompeya, donde las casas particulares tenían tiendas instaladas en las calles laterales.¹⁹

Así pues, ¿qué comían y bebían los habitantes de Pompeya? Podemos encontrar la respuesta a partir de diversos ejemplos y lugares que, tras un análisis detenido, arrojarán resultados dotados de una coherencia razonable. Ellis y su equipo excavaron varios desagües,

letrinas y fosas sépticas. La idea de excavar en estos lugares tal vez resulte repugnante, pero indudablemente son depositarios de un material en ocasiones más valioso para los arqueólogos que el oro, en la medida en que permite reconstruir la vida de unos habitantes de hace dos milenios. En las épocas previas a la recogida de basuras, era habitual arrojar los desechos de la urbe a las letrinas, donde han permanecido a la espera de ser hallados por los arqueólogos.

Tal es exactamente el caso de Pompeya, puesto que fue en estas zonas donde Ellis y su equipo rescataron los restos de «grano, fruta, nueces, aceitunas, lentejas, pescado local y huevos de gallina, así como pequeñas porciones de las carnes y pescados salados más caros de la península Ibérica». En el desagüe de una propiedad más céntrica, que tal vez perteneció a otro propietario aún más acaudalado, se encontraron restos de «mariscos, erizos de mar e incluso *delicatessen*, entre ellas una pata de jirafa».²⁰ De ahí podemos deducir no solo el tipo de alimentos propios de los pompeyanos en aquel entonces, sino que confirmamos además el hecho, nada sorprendente por otra parte, de que a diferente clase social, diferente alimentación.

El equipo de arqueólogos de Ellis, de la Universidad de Cincinnati, introdujo además algunas novedades metodológicas en las ex-



Una calle de Pompeya.

cavaciones realizadas en Pompeya. En 2010, estos profesionales se contaron entre los primeros, si es que no lo fueron, en usar iPad para los trabajos arqueológicos; registraban los datos, tomaban fotografías, usaban aplicaciones (ya fuera en su versión de mercado o modificadas) y, por último, colgaban la información en internet, de modo que resultase accesible en Cincinnati sin haber tenido ellos que abandonar el terreno de las excavaciones.²¹ Es curioso, por tanto, que en numerosas excavaciones aún hoy en día se estén consignando los datos en formularios de papel, a veces incluso por triplicado, y se continúe dependiendo de las fotocopiadoras Xerox para crear copias y distribuir la información, una vez finalizada la temporada de excavación.

En algunas de las casas más prósperas de Pompeya se conservan mosaicos de suelo, como es el caso, por ejemplo, de la casa del Fauno, que exhibe la famosa escena de Alejandro Magno combatiendo al rey persa Darío III en 333 o 331 a. e. c. La casa del Poeta Trágico, por su parte, luce otro mosaico de suelo en la entrada en el que está representado un perro blanco y negro (de dudosa raza), con un collar rojo. Bajo las patas del perro se lee CAVE CANEM, la consabida advertencia de «cuidado con el perro», en su versión latina.

En otras villas, las pinturas se han conservado en las paredes. En la villa de los Misterios hay una pequeña sala, posiblemente un comedor, cuyas cuatro paredes muestran escenas que, a juicio de los expertos, representan los misterios de Dionisio, incluido el rito iniciático de una joven al culto religioso.²² Otras nos muestran escenas de bailarines, retratos familiares y pinturas donde aparecen frutas y otros objetos. En cierto modo, no hay tanta diferencia con las fotografías y los cuadros que colgamos en las paredes de nuestras casas hoy en día.

En las fachadas exteriores de estas villas observamos también algunos anuncios y propaganda de campañas electorales: las redes sociales de hace dos mil años.²³ Los anuncios se ubicaban en los muros exteriores para que los transeúntes y clientes de otras tiendas pudie-

ran verlos. Uno de los que se conservan anuncia un certamen de gladiadores que tendría lugar entre el 8 y el 12 de abril, aunque no sabemos a ciencia cierta de qué año. Otro mensaje indica los días de mercado al aire libre en cada una de las ciudades, que al parecer se sucedían en este orden: desde el sábado en Pompeya, hasta el viernes en Roma, con paradas intermedias en las ciudades de Nuceria, Ate-lla, Nola, Cumas y Puteoli.

También hay un cartel en la fachada de una taberna, como los que hoy se exhiben en las puertas de los bares. Se trata de una carta de bebidas, con sus respectivos precios. Se lee: «Aquí se puede tomar una copa por un *as* [moneda de poco valor], una mejor por dos, y un falerno por cuatro». Otro anuncio advierte del robo de una alcancía de cobre y ofrece una recompensa a quien la recupere o dé noticia de quién la ha sustraído.

Abundaba también la propaganda política. Uno de los más interesantes reza como sigue: «Te pido que elijas a Marco Cerrinio Vatia para el cargo de edil. Todos los bebedores nocturnos lo apoyamos». Otro, al parecer del mismo autor, declara: «Los chorizos apoyan a Vatia para el cargo de edil». Jamás sabremos si ganó o no.

Pompeya y Herculano no solo fueron los primeros yacimientos que se excavaron en el mundo; aún hoy son objeto de investigaciones, después de trescientos años. En consecuencia, si estudiamos los trabajos llevados a cabo en estos emplazamientos, podríamos seguir la evolución y el progreso en las técnicas de excavación y registro arqueológico en este lapso temporal. Desde los rudimentarios esfuerzos iniciales que iban poco más allá del saqueo y el uso del yeso para reconstruir los cadáveres y muebles de madera descompuestos hasta las sofisticadas técnicas actuales —como la tomografía computarizada, los rayos X, las imágenes con láser, el análisis de ADN o los procesos de grabación y documentación *in situ* gracias a los iPad y el almacenamiento de la información en la nube—, las excavaciones en Pompeya y Herculano son testimonio del largo camino recorrido por la arqueología en estos últimos tres siglos.

Por otra parte, las labores de conservación y preservación han convertido estos yacimientos en destinos turísticos, lo cual permite que todos los visitantes, sin necesidad de ser expertos en materia de arqueología, puedan vislumbrar un mundo que existió hace dos mil años y puedan tomar conciencia de que, en ciertos aspectos, guarda con nuestro mundo más similitudes que diferencias. Quizá hoy dispongamos de una tecnología más avanzada —como la de los iPad, los teléfonos móviles y el servicio de wifi—, pero las casas de esta región de Italia no son tan diferentes de las antiguas, y la comida es básicamente la misma. Se depende en una medida muy similar de los funcionarios electos, se compra en tiendas aprovisionadas de los artículos necesarios, se bebe en bares y tabernas y las frustraciones por robos y hurtos continúan sucediéndose. La gente tiene el mismo tipo de mascotas, sigue luciendo sus joyas, come en platos y emplea utensilios similares a los de sus predecesores. Pese a que la lengua de pavo real ha dejado de ser un manjar, y ya nadie lava la ropa con orines, en conjunto, las excavaciones de estas regiones demuestran que los antiguos habitantes del Mediterráneo no eran tan distintos a los de hoy.²⁴ Y si llega un momento en que logremos desenrollar y leer los rollos de papiro obtenidos en la villa de los Papiros, aún objeto de estudio, descubriremos que sus bibliotecas privadas tampoco eran muy diferentes a las nuestras.